

Rodrigo Soriano.

Don Benito



E parece verle... Calada la boina vasca hasta las cejas, absortos los ojos como dirigiéndolos al cielo, convulsas las manos que se hunden en el teclado... Don Benito, el buen don Benito, pulsa en el marfil de las teclas las notas de una sonata de Bethoven... Y de aquel tesoro escondido que guarda un armazón de madera y mueven cuerdas misteriosas, venas de un cuerpo inmortal y de un espíritu, surge el ensueño del insigne sordo, sordo y malhumorado como Goya y en su físico de tan extraño parecido, divino sordo tan generoso y pródigo que regaló a los demás lo que él no podía oír aún siendo su creador. Imaginad a Goya ciego... Cuentan viejas leyendas que Iván «El Terrible», el Zar ruso, matador de su hijo, al terminar su arquitecto aquel joyel bizantino de las mil facetas, el templo moscovita de San Basilio, ordenó al verdugo que sacara los ojos al creador de tal belleza para que jamás pudiera crear otra parecida.

También nuestro gran don Benito, absorto y caminando por las nubes, sentía que sus ojos temblaban,

que aquellos ojos que robaron sus luces al paisaje castellano y se recrearon en el esplendor de nuestras medievales ciudades, que vibraron con eterna luz, la de las almas españolas, iban, en un crepúsculo cruel, como sol en el poniente, velando aquellas vivas pupilas que captaron, inquisitivas, más de un siglo de la historia patria.

Ya don Benito vivía como en un ensueño contemplativo, aquella segunda vida plácida y absorta, que para su consuelo en su infortunio, gozan los ciegos. Los sordos protestan de su desgracia con reconcentrada cólera; así Beethoven y Goya, y aquel general Souvroff a quien el disparar de cien cañones cercanos en nada le molestaba pero que bramaba, colérico, como el disparo de otros ciento. Cuando los sordos debieran mostrarse casi satisfechos por no llegar a ellos las mil y mil tontadas que oímos, sufrimos en esta nuestra triste vida... Pero viven los ciegos en un mundo de ilusiones, segunda infancia que les ofrece un vivir contemplativo. Y al escuchar don Benito, ya casi ciego, aquella melodía beethoviana que se perdía entre nubes del ensueño, palacios mágicos de infinitas facetas e impalpables colores, Alhambras fantásticas de sutiles alicatados, de tracerías y arabescos que tejieran hadas, mundos de armonía y de insospechados sonidos que inspira el genio de Beethoven, aparecía don Benito como transfigurado, porque vivía ya en su propio mundo. Los médicos, como es lógico, le engañaban, y así sus familiares... Era, entonces, invierno pero al lle-

gar la primavera aquellos ojos, que recogieron el mirar de España, volverían a embriagarse con su solo gozar, a plena luz, la gran fiesta de la naturaleza, aquel despertar de la vida en la primavera española. Pasearía por su Valencia y aspiraría el perfume de sus claveles, pomos encendidos de aroma, esencias y fuego, y descansaría en su amada Sevilla... Y allí, en la Venta de Eritaña, llevaría a sus labios el oro líquido de aquel néctar de los Dioses que dioses más prosáicos vertieron en bodegas jerezanas...

Mas era todo ello sueño y fantasía.

Don Benito Pérez Galdós, mi gran amigo, había ya perdido la vista, contemplaba la vida como desde otra nueva vida...

El lo había presentido cuando escribía «El Abuelo», aquel gran señor d'Albret, genial remedo español del «Rey Lear» shakesperiano.

—«¿Cómo sufriría el pobre Rey perdido en las selvas, llevado del brazo de su leal y tierna Cordelia!» —nos decía, don Benito, una vez, cuando planeaba su «Abuelo» y gozaba, él, de plena luz, y reía como niño, almorzando con nosotros en la «Venta del Aire» de Toledo...

También, el, tuvo su «Cordelia», su fiel Cordelia y recorrió de su brazo las selvas, y si no las selvas aquella peregrinación del Galdós ciego por las ciudades de España... Hasta él llegaba el rumor de su pasado... Y como los buenos ciegos bromeaba:

—«¿Cómo tenía yo los ojos»—preguntaba. «¿Cómo eran mis pupilas?»...

Porque Bonafoux escribió un día que los «ojitos negros de don Benito parecían los de un chinito de jarrón», aquellos ojitos tan vibrantes y expresivos, que parecen reconcentrar en sus pupilas la vida toda interior de las personas y que trazaron los pintores nipones en sus jarrones y lozas con tan genial maestría...

Le decía, yo, que otro escritor había dicho de Ventura de la Vega «que era un apellidado con dos ojos», aludiendo a los saltones del autor del César... El Maestro Arrieta decía de Eusebio Blasco que «tenía unos ojos al plato» por el relieve de los suyos». Pero los del pobre don Benito, vivos, de negro intenso y luminoso. parecían como dos gotas de café, de cuando el café era café, y no achicorias. Baudelaire dijo de los suyos que semejaban «dos gotas de ajeno». Pero los de don Benito de ahora estaban apagados para siempre, muertos tras de negras gafas.

Yo recordaba sus pasados años, cuando sus negros y menudos ojitos «de torito bravo», abarcaban desde la tribuna, muchedumbres y lanzaban rayos de cólera sobre la podrida España monárquica. Cuando desafiaba a la vieja mojigatería con el estruendo de su *Electra* y los discursos de Pantoja... Entonces recorrimos España con él y Pablo Iglesias... Y de aquellos magníficos viajes, surgió, años después, nuestra República que no vino el 14 de abril porque se forjó algunos años antes... Algún día contaré en mis «Me-

morias» estos primeros pasos de nuestro posterior triunfo para la República de 1931, la de los Maura, y Alcalá Zamora, monárquicos en el fondo de su espíritu, circunstanciales republicanos, y que no era aquella República, República que fundó en 1909, la conjunción republicano-socialista, la conjunción que se fundó entonces, con Pablo Iglesias, Galdós y quien escribe estas líneas. Sin aquella conjunción, que unió a socialistas con republicanos, que revivió, e infundió su alma, al viejo republicanismo hispano, la Monarquía, ya caduca, hubiera vivido largos años... En 1909, y de las elecciones de Madrid de 1910, las que arrollaron al Gobierno monárquico, trayéndonos, de un golpe, cincuenta mil votos, surgió potente y audaz, el medio muerto sentimiento republicano.

Y a Galdós se le debe, en mucha parte, este resurgir de la nueva España que hoy festejamos.

Hablaban todos pero él callaba. Mas su silencio era oro, oro purísimo republicano. Tímido, silencioso, cuando debía votar en la Cámara, decir un «Sí», o un «No», al acercarse el momento temblaba como un niño. Pero su timidez podía más que todas las arengas de los tribunos.

El había unido, con broche de oro, la vieja y la nueva España, el ayer y el mañana, desde sus «Episodios Nacionales» a sus alocuciones republicanas.

Una vez, hallándonos en Zaragoza, hacia 1901, vino a visitarle una pobre anciana más que centenaria pues tenía, ella ya, ¡110 años! Era un fenómeno de

longevidad con que quisieron obsequiar a don Benito. Sarmentosa y acabada en su rostro y manos, aun conservaba fresca su memoria. Siendo muy niña asistió al sitio de Zaragoza, el que inmortalizó Galdós en su famoso «Episodio»... Ella recordaba a los franceses que «llevaban—decía—unos gorros (morriones) muy altos, como la torre de San Pablo, y en las bayonetas llevaban «fincadas» así lo decía) unos panes muy grandes, algunos de los soldados franceses pero otros «muy malicos» tenían clavadas en sus bayonetas, manos cortadas, y aun cabezas. Don Benito, y aquel testigo de nuestros heroísmos, la vieja y la nueva España se abrazaron. Los dos lloraban. ¡Bello símbolo! Este era Galdós...